

El siglo de Sartre

Blas Matamoro

1

El año 2000, fin o comienzo de siglo o ambas cosas a la vez, coincidió con los veinte años de la muerte de Jean-Paul Sartre. Quizá la coincidencia sea igualmente de dirección contraria. Así lo entendió Bernard-Henri Lévy al publicar *Le siècle de Sartre. Enquete philosophique* (edición Bernard Grasset). No deja de sorprender que, entre idas y vueltas, el libro descerraje un claro elogio de Sartre. Lévy, tenaz anticomunista, podría haberse molestado al revisar las torres de papel elevadas por Sartre en alabanza de los llamados socialismos reales o autoritarios. Pero no lo hace. No es que las pase por alto sino que las balancea con otros ingredientes de eso que él se decide a denominar el siglo de Sartre, así como se dice «el siglo de Augusto, de Luis XIV o de Napoleón». No caricaturizo: Sartre representa, a su manera, el imperio universal de la cultura francesa, su expansión napoleónica, cuyo modelo es la Roma augustea y sus recaídas, las otras dos figuras coronadas.

No estuvo solo Lévy en la conmemoración y sin olvidar que Sartre cuenta ya con una estatua en los jardines de la vieja Biblioteca Nacional de París y que desde hace un cuarto de siglo se editan los *Études sartriennes* en la universidad de Nantes (París X, si se prefiere). Es decir que estamos ante una figura canónica, un monumento en el nutrido panteón de las glorias letradas de Francia.

Una enésima ola de estudios aprovechó la fecha y el obeso volumen de Lévy pareció justificar su atrevido título. Lo hizo de modo sartreano. En efecto, el libro es farragoso, inarticulado, repentista, excesivo e inconcluyente. A veces se desliza por la prosa cancillerisca y el embutido sintáctico propios de la filosofía de cátedra alemana; a veces cede al lirismo conceptual trufado de bizantinismo jesuítico del ensayo francés: dos extremos que se disputan, a menudo, la prosa sartreana. Exagera su entusiasmo patriótico (finalmente no hay patriotismo sin exageración), intentando menoscabar las influencias foráneas en Sartre a favor de las locales. Abunda también en momentáneos análisis inteli-

gentes y no se ahorra crueldades equivalentes a las del maestro de Montparnasse. En fin: una constelación muy adecuada al modelo.

Me quedo un momento en la fórmula: el siglo de Sartre. Parece abusiva, pero no lo es en cuanto la manipula Lévy. No se trata de un siglo centrado en Sartre, que no es central en ningún ramo, sino en la figura sintomática de Sartre, esquina donde soplan y se enfrentan todos los vientos del siglo, sin alcanzar ninguna síntesis conciliatoria. El Sartre de Lévy —y esto resulta lo más interesante de su propuesta, en mi opinión— es el filósofo de la ambigüedad o, por mejor decir, de todas las ambigüedades del siglo XX.

Como es sabido, no estamos ante la primera puesta en moda de Sartre. Sí, ante el enésimo peligro de que pase, una vez más, de moda. Pero así es la dinámica del mercado intelectual de estos tiempos. En cierto sentido, el lugar dominante de Sartre en el mundillo letrado se debió a un empuje de la moda. En 1945, en el escenario letrado francés, pocos podían optar el máximo estrellato. La colaboración con el ocupante había dejado fuera de juego a Céline, Montherlant, Chardonne, Morand, etc. Los patriarcas como Gide o Claudel estaban viejos. Breton, vuelto del exilio norteamericano, anticuado. Malraux merecía respeto pero se había vuelto gaullista, lo cual era indigerible para la progresía.

Sartre, un oscuro profesor de instituto, que había hecho pinitos de dramaturgo con *Las moscas*, intentado la crítica literaria, colaborado en la prensa oficial y en la clandestina, y asestado al respetable un arduo e incompleto tratado de ontología fenomenológica (*El ser y la nada*) estaba en el trampolín de los finalistas. No era mejor filósofo que Merleau-Ponty, ni mejor novelista que Nizan, ni mejor ensayista que Camus, ni siquiera mejor dramaturgo que Anouilh, pero hacía un poco de todo, torrencialmente, y tenía apostura de conductor. Dominante e irrespetuoso, seductor y feo, provocador e indispensable, se impuso durante unos quince años, hasta que los jóvenes del sesenta buscaron otros maestros, resucitando a los estructuralistas fundacionales como Saussure, Jakobson y Lévi-Strauss, o a la Escuela de Frankfurt y su vecino Walter Benjamin. La moda anterior había decidido que era existencialista y que el existencialismo —denominación que Sartre rehuía, como igualmente Jaspers y Heidegger— acumulaba sótanos mal ventilados con orquestinas de jazz, amores incomunicados, desesperación y situaciones límite provocadas por el sinsentido del mundo europeo de la posguerra.

Sartre siguió empecinadamente su obra, intentó ser tenido en cuenta en el mayo francés, luego contribuyó a editar prensa alternativa, arengó

a los obreros de Billancourt, prohió exabruptos maoístas, bendijo los fusiles de la revolución portuguesa, se acercó y alejó de Fidel Castro, se enterneció con variables bandas de terroristas y motivó unos funerales multitudinarios, dignos de un futbolista o un mariscal.

¿Fue casual o vocacional esta ambigüedad que lo convierte en la esquina peligrosa del siglo XX? La respuesta sartreana puede ser: toda vocación es casual y se torna destino en el entramado de las contingencias necesarias que llamamos existencia. Así parece haberlo entendido él mismo en su juventud, antes de ser el Sartre de las enciclopedias. Quizá su modelo de artista no haya sido el escritor sino el comediante: el actor Kean, el gamberro Genet, el mal hijo de la burguesía provinciana Flaubert. Dicho en su propia jerga: el comediante crea a un hombre irreal que se vuelve hacia la realidad y la totaliza, pero al precio de carecer de una propia «vida real» pues se la pasa construyendo esas vidas irreales que son las vidas imaginariamente reales de los otros. Tempranamente, en 1940, ya percibe que la única constancia de su vida fue y será el juego, el no querer vivir seriamente. Juego: libertad de escoger la regla, apuesta a todo o nada, interrogación del azar que se vuelve necesidad. Falta de seriedad, alejamiento de los dos grandes prototipos del *esprit de sérieux*: el burgués filisteo y el revolucionario.

Veinteañero, en 1926, le había escrito a Simone Jolivet: «Soy extremadamente ambicioso (...) Me represento la gloria como un salón de baile lleno de señores de levita y señoras descotadas que brindan en mi honor. Es un grabado de Épinal, pero es la imagen que conservo desde mi infancia (...) No me gusta nada de lo que hago, no escribo a mi manera, cambio continuamente de estilo sin llegar a gustarme (...) Para estimular mi voluntad he empleado el método del acto gratuito: hacer sin motivo alguno cualquier cosa que me resulte muy desagradable». Como programa de vida no está mal y la actividad del Sartre maduro habrá de confirmarlo: un escritor compulsivo que emprende gigantescas empresas sin remate –con ayuda de coridrán, tabaco y alcohol– y que se obliga a tomar posiciones políticas siendo que le resultan *emmerdantes* puesto que lo suyo es la metafísica en crisis de agonía, los sonetos indescifrables de Mallarmé, los batiburrillos visuales de Tintoretto y la enigmática música de Bach.

En sus *Carnets (1939-1940)*, por su parte, anota: «Es verdad, no soy nada auténtico. Todo cuanto siento, lo sé antes de sentirlo (...) Todo lo que los hombres sienten puedo adivinarlo, explicarlo, ponerlo en negro sobre blanco. Pero no sentirlo. Resulto engañoso: tengo un aspecto sensible y soy un desierto (...) Sólo estoy cómodo en la Nada, soy una

verdadera nada ebria de orgullo y traslúcida (...) Soy una *carencia* y carezco precisamente de *mundo*. También es cierto que quiero poseer el mundo. Pero sin sustituto simbólico».

Hacia el final de su vida confiará a Francis Jeanson que no se siente atado por nada de lo que escribió ni reniega de una sola línea suya. No deja de ser una propuesta de lectura, una clave para zambullirse en el abundoso mar de sus páginas: Sartre pensando contra sí mismo, escabulléndose de ser ese sí mismo, atacando la unidad y la coherencia de una Obra firmada por un Autor, fascinado siempre por la bastardía y la traición, pues el escritor es el hijo bastardo de la República Burguesa de las Letras y la escritura, la traidora compañera que se va con el primer lector que encuentra en su camino.

A menudo, Sartre ha sido comparado con algunas grandes figuras de escritores pedagogos sociales de tradición francesa. En especial, se lo ha aproximado a Voltaire y a Victor Hugo. Creo que las diferencias son más que los parecidos. Voltaire fue un consejero de los poderosos, se mezcló en intrigas de verdadera política, hizo negocios y se mantuvo en un cordial conflicto con la Iglesia, por mejor decir con la Compañía de Jesús. Nada de esto hizo Sartre: sus actitudes políticas fueron siempre gestuales y de nula repercusión efectiva; su guerra particular de acercamiento y choque con el comunismo tuvo por escenario su imaginación y no el tinglado político exterior. En cuanto a Hugo, se trata de un escritor populista que llegó a grandes masas de lectores y espectadores, es decir nada más distante de la —salvo excepciones— escritura profesionalmente filosófica, enrevesada y aplastante de Sartre.

Quizás a quien más se parezca es a su demonio familiar, el general De Gaulle. Ambos convirtieron la derrotada Francia en potencia victoriosa, desarrollaron un sordo antiamericanismo que surgía de la envidia imperial decaída y la humillación de haber sido «salvados» por el ejército de los Estados Unidos y las ayudas Marshall, y buscaron una tercera vía que mediara entre la Unión Soviética y el Hermano Mayor, reclamando para Francia esta honrosa pero fantástica proa de la historia contemporánea. De Gaulle, finalmente, mereció una vindicación póstuma de cierta izquierda cansada de practicar el desencanto profesional, y pienso en Régis Debray. De Gaulle, que él sí, comparó a Sartre con Voltaire y se sintió honrado por sus ataques porque, seguramente, lo convertían en Luis XIV. De Gaulle, que se reconcilió con la Alemania de Adenauer como Sartre con la de Heidegger. Etcétera.

Las diferencias son también flagrantes. De Gaulle dejó hijos y nietos, una nueva derecha y una resituación económica de Francia, priva-